

Entre la admiración y el dolor

Hoy me despido por última vez de vosotros desde esta página del Boletín Salesiano. El 16 de agosto, día en que conmemoramos el nacimiento de Don Bosco, termina mi servicio como Rector Mayor de los Salesianos de Don Bosco.

*¡Siempre es un motivo para agradecer, siempre **gracias!** En primer lugar, a Dios, a la Congregación y a la Familia Salesiana, a tantas personas queridas y amigas, a tantos amigos del carisma de Don Bosco, a los muchos bienhechores.*

También en esta ocasión, mi saludo transmite algo que he vivido recientemente. De ahí el título de este saludo: **Entre la admiración y el dolor**. Os cuento la alegría que llenó mi corazón en Goma, en la República Democrática del Congo, herida por una guerra interminable, y la alegría y el testimonio que recibí ayer.

Hace tres semanas cuando, después de visitar Uganda (en el campo de refugiados de Palabek que, gracias a la ayuda y al trabajo salesiano de los últimos años, ha dejado de ser un campo de refugiados sudaneses para convertirse en un lugar donde decenas de miles de personas se han asentado y han encontrado una nueva vida), atravesé Ruanda y llegué a la frontera en la región de Goma, una tierra maravillosa, hermosa y rica en naturaleza (y precisamente por eso tan deseada y deseable). Pues bien, a causa de los conflictos armados, en esa región hay más de un millón de desplazados que han tenido que abandonar sus hogares y sus tierras. También nosotros tuvimos que dejar la presencia salesiana en Sha-Sha, ocupada militarmente.

Este millón de desplazados llegó a la ciudad de Goma. En Gangi, uno de los distritos, está la obra salesiana "Don Bosco". Me sentí inmensamente feliz al ver el bien que se está haciendo allí. Cientos de niños y niñas tienen un hogar.

Decenas de adolescentes han sido sacados de la calle y viven en la casa Don Bosco. Allí, a causa de la guerra, encontraron un hogar 82 recién nacidos y niños y niñas que perdieron a sus padres o fueron dejados atrás (“abandonados”) porque sus padres no podían ocuparse de ellos.

Y allí, en ese nuevo Valdocco, uno de los muchos Valdocco que hay en el mundo, una comunidad de tres monjas de San Salvador, junto con un grupo de señoras, todos sostenidos por la casa salesiana con ayudas que llegan gracias a la generosidad de los bienhechores y de la Providencia, cuidan de estos pequeños y pequeñas. Cuando fui a visitarlos, las hermanas habían vestido a todos de gala, incluso a los niños que dormían en sus cunas. ¡Cómo no sentir que mi corazón se llenaba de alegría ante esta realidad de bondad, a pesar del dolor causado por el abandono y la guerra!

Pero mi corazón se conmovió cuando conocí a varios centenares de personas que vinieron a saludarme con ocasión de mi visita. Forman parte de los 32.000 desplazados que abandonaron sus hogares y sus tierras a causa de las bombas y vinieron a buscar refugio. Lo encontraron en los campos y terrenos de la casa Don Bosco de Gangi. No tienen nada, viven en chabolas de unos pocos metros cuadrados. Esta es su realidad. Juntos buscamos cada día la manera de encontrar comida. ¿Pero saben lo que más me impresionó? Lo que más me impresionó fue que cuando estaba con estos cientos de personas, en su mayoría ancianos y madres con niños, no habían perdido su dignidad ni su alegría ni su sonrisa. Me asombró y me entristeció el corazón tanto sufrimiento y tanta pobreza, a pesar de que estamos haciendo nuestra parte en nombre del Señor.

Un concierto extraordinario

Sentí otra gran alegría al recibir un testimonio de vida que me hizo pensar en los adolescentes y jóvenes que están en nuestra presencia, y en tantos hijos de padres que quizá me estén leyendo y que sienten que sus hijos están desmotivados, aburridos de la vida, o no tienen pasión por

casi nada. Entre los invitados a nuestra casa estos días se encontraba una extraordinaria pianista que ha recorrido el mundo dando conciertos y ha formado parte de grandes orquestas filarmónicas. Es una antigua alumna de los Salesianos y tuvo a un salesiano, ya fallecido, como gran referente y modelo. Ha querido ofrecernos este concierto en el atrio del templo del Sagrado Corazón como homenaje a María Auxiliadora, a la que tanto quiere, y como agradecimiento por todo lo que ha sido su vida hasta ahora.

Y digo esto último porque nuestra querida amiga nos ofreció un concierto maravilloso, con una calidad excepcional a sus 81 años. Estuvo acompañada por su hija. Y a esa edad, quizás cuando algunos de nuestros mayores de la familia hace tiempo que han dicho que ya no quieren hacer nada, ni nada que requiera esfuerzo, nuestra querida amiga, que practica el piano todos los días, movía sus manos con una agilidad maravillosa y se sumergía en la belleza de la música y de su interpretación. Buena música, una sonrisa generosa al final de su actuación y la entrega de las orquídeas a Nuestra Señora Auxiliadora era todo lo que necesitábamos en aquella maravillosa mañana. Y mi corazón salesiano no pudo evitar pensar en esos niños, niñas y jóvenes que quizás han tenido o ya no tienen nada que les motive en sus vidas. Ella, nuestra amiga concertista de piano, vive con gran serenidad a sus 81 años y, como me dijo, sigue ofreciendo el don que Dios le ha dado y cada día encuentra más motivos para hacerlo.

Otra lección de vida y otro testimonio que no deja indiferente el corazón.

Gracias, amigos, gracias de corazón por todo el bien que hacemos juntos. Por pequeño que sea, contribuye a que nuestro mundo sea un poco más humano y más bello. Que el buen Dios os bendiga.

El sueño de los 9 años

La serie de los “sueños” de Don Bosco comienza con el que tuvo a los nueve años, hacia 1824. Es uno de los más importantes, si no el que más, porque apunta a una misión confiada por la Providencia que se concreta en un carisma particular en la Iglesia. Seguirán muchas otras, la mayoría de ellas recogidas en las Memorias Biográficas y retomadas en otras publicaciones dedicadas a este tema. Nos proponemos presentar las más relevantes en varios artículos posteriores.

«Cuando yo tenía unos nueve años, tuve un sueño que me quedó profundamente grabado en la mente para toda la vida. En el sueño me pareció estar junto a mi casa, en un paraje bastante espacioso, donde había reunida una muchedumbre de chiquillos en pleno juego.

Unos reían, otros jugaban, muchos blasfemaban. Al oír aquellas blasfemias, me metí en medio de ellos para hacerlos callar a puñetazos e insultos. En aquel momento apareció un hombre muy respetable, de varonil aspecto, noblemente vestido. Un blanco manto le cubría de arriba abajo; pero su rostro era luminoso, tanto que no se podía fijar en él la mirada. Me llamó por mi nombre y me mandó ponerme al frente de aquellos muchachos, añadiendo estas palabras:

– No con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad deberás ganarte a estos tus amigos. Ponte, pues, ahora mismo a enseñarles la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud.

Aturdido y espantado, dije que yo era un pobre muchacho ignorante, incapaz de hablar de religión a aquellos jovencitos. En aquel momento, los muchachos cesaron en sus riñas, alborotos y blasfemias y rodearon al que hablaba. Sin saber casi lo que me decía, añadí:

– Quién sois para mandarme estos imposibles?

– Precisamente porque esto te parece imposible, debes convertirlo en posible por la obediencia y la

adquisición de la ciencia.

– ¿En dónde? ¿Cómo podré adquirir la ciencia?

– Yo te daré la Maestra, bajo cuya disciplina podrás llegar a ser sabio y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad.

– Pero ¿quién sois vos que me habláis de este modo?

– Yo soy el Hijo de aquélla a quien tu madre te acostumbró a saludar tres veces al día.

– Mi madre me dice que no me junte con los que no conozco sin su permiso; decidme, por tanto, vuestro nombre.

– Mi nombre preguntáselo a mi Madre.

En aquel momento vi junto a él una Señora de aspecto majestuoso, vestida con un manto que resplandecía por todas partes, como si cada uno de sus puntos fuera una estrella refulgente. La cual, viéndome cada vez más desconcertado en mis preguntas y respuestas, me indicó que me acercase a ella, y tomándome bondadosamente de la mano:

– Mira, me dijo. Al mirar me di cuenta de que aquellos muchachos habían escapado, y vi en su lugar una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y varios otros animales.

– He aquí tu campo, he aquí en donde debes trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto, y lo que veas que ocurre en estos momentos con estos animales, lo deberás tú hacer con mis hijos.

Volví entonces la mirada y, en vez de los animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderillos que, haciendo fiestas al Hombre y a la Señora, seguían saltando y bailando a su alrededor.

En aquel momento, siempre en sueños, me eché a llorar. Pedí que se me hablase de modo que pudiera comprender, pues no alcanzaba a entender qué quería representar todo aquello.

Entonces ella me puso la mano sobre la cabeza y me dijo:

– A su debido tiempo todo lo comprenderás.

Dicho esto, un ruido me despertó y desapareció la visión. Quedé muy aturdido. Me parecía que tenía deshechas las manos por los puñetazos que había dado y que me dolía la cara por las bofetadas recibidas; y después, aquel personaje y aquella señora de tal modo llenaron mi mente, por lo dicho y oído, que ya no pude reanudar el sueño aquella noche.

Por la mañana conté en seguida aquel sueño; primero a mis hermanos, que se echaron a reír, y luego a mi madre y a la abuela. Cada uno lo interpretaba a su manera. Mi hermano José decía: – Tú serás pastor de cabras, ovejas y otros animales. Mi madre: – ¡Quién sabe si un día serás sacerdote! Antonio, con dureza: – Tal vez, capitán de bandoleros. Pero la abuela, analfabeta del todo, con ribetes de teólogo, dio la sentencia definitiva: – No hay que hacer caso de los sueños.

Yo era de la opinión de mi abuela, pero nunca pude echar en olvido aquel sueño. Lo que expondré a continuación dará explicación de ello. Yo no hablé más de esto, y mis parientes no le dieron la menor importancia. Pero cuando en el año 1858 fui a Roma para tratar con el Papa sobre la Congregación salesiana, él me hizo exponerle con detalle todas las cosas que tuvieran alguna apariencia de sobrenatural. Entonces conté, por primera vez, el sueño que tuve de los nueve a los diez años. El Papa mandó que lo escribiera literal y detalladamente, y lo dejara para alentar a los hijos de la Congregación; ésta era precisamente la finalidad de aquel viaje a Roma».

(Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales. Juan Bosco; MB I IT, 123-125 / MB I ES 115-117)

La santidad salesiana

El Espíritu Santo continúa incesantemente la obra escondida en las almas, conduciéndolas a la santidad. No pocos miembros de la Familia Salesiana han llevado una vida digna del título de cristiana: consagrados y consagradas, laicos, jóvenes, han vivido su vida en la fe, llevando la gracia de Dios al prójimo. Corresponde a la Postulación General de los Salesianos de Don Bosco estudiar sus vidas y escritos y proponer a la Iglesia que reconozca su santidad.

Hace unos días se inauguró la nueva sede de la Postulación. Esperamos que la nueva estructura sea una oportunidad para un renovado compromiso con las causas de canonización, no sólo por parte de quienes trabajan directamente en las causas, sino también para todos aquellos que puedan dar su contribución. Dejémonos guiar en esto por el Postulador General para las Causas de los Santos, P. Pierluigi Cameroni.

Es necesario expresar una profunda gratitud y alabanza a Dios por la santidad ya reconocida en la Familia Salesiana de Don Bosco y por la que está en proceso de ser reconocida. El resultado de una Causa de Beatificación y Canonización es un acontecimiento de extraordinaria importancia y valor eclesial. De hecho, se trata de discernir la fama de santidad de un bautizado, que ha vivido las bienaventuranzas evangélicas en grado heroico o que ha dado su vida por Cristo.

Desde Don Bosco hasta nuestros días, se evidencia una tradición de santidad a la que hay que prestar atención, porque es la encarnación del carisma que nació de él y se expresó en una pluralidad de estados de vida y formas. Se trata de hombres y mujeres, jóvenes y adultos, consagrados y laicos, obispos y misioneros que, en contextos históricos, culturales y sociales de diferentes tiempos y espacios, han hecho resplandecer con singular luz el carisma salesiano, representando un patrimonio que desempeña un papel eficaz en la vida y en la comunidad de los creyentes y de las personas

de buena voluntad.

El compromiso de difundir el conocimiento, la imitación y la intercesión de los miembros de nuestra familia que son candidatos a la santidad

Consejos para promover una Causa.

– Animad a **la oración por intercesión** del Beato y Venerable Siervo de Dios, a través de imágenes (también reliquias *ex-indumentis*), folletos, libros... para ser difundido en familias, parroquias, casas religiosas, centros de espiritualidad, hospitales para pedir la gracia de milagros y favores por intercesión del Beato, Venerable Siervo de Dios.

– Es particularmente eficaz la difusión de la **novena** Beato, Venerable Siervo de Dios, invocando su intercesión en diversos casos de necesidad material y espiritual.

Se subrayan dos elementos formativos: el valor de la oración insistente y confiada y el de la oración comunitaria. Recordemos el episodio bíblico de Naam el sirio (2 Re. 5,1-14), donde vemos varios elementos: la señal del hombre de Dios por parte de una doncella, el mandato de bañarse siete veces en el Jordán, la negativa indignada y resentida, la sabiduría e insistencia de los siervos de Naam, la obediencia de Naam, la obtención no sólo de la curación física sino de la salvación. Recordemos también la descripción de la primera comunidad de Jerusalén, cuando se afirma: «Todos ellos perseveraron y unánimes en la oración, junto con algunas mujeres, María, la madre de Jesús, y sus hermanos» (Hch 1, 14).

– Es aconsejable, **cada mes, el día de la fecha de la muerte** del Beato (Venerable) Siervo de Dios, cuidar un momento de oración y conmemoración.

– Publicar trimestral o cada cuatro meses un **Página** que informa sobre el camino de la Causa, aniversarios y eventos

particulares, testimonios, agradecimientos... para enfatizar que la Causa está viva y acompañada.

– Organizar una Jornada Conmemorativa **una vez al año**, destacando aspectos particulares o aniversarios de la figura del Beato, (Venerable) Siervo de Dios, involucrando a grupos que están particularmente «interesados» en su testimonio (por ejemplo, sacerdotes, religiosos, jóvenes, familias, médicos, misioneros...).

– Recoge y documenta las **gracias y favores** que se atribuyen al Beato, (Venerable) Siervo de Dios. Es útil tener un cuaderno en el que anotar e informar las gracias solicitadas y las recibidas, como testimonio de la fama de santidad y de signos. En particular, si se trata de curaciones y/o supuestos milagros, es importante recopilar urgentemente toda la **documentación médica** que pruebe el caso y las pruebas que atestiguan la intercesión.

– Constituir un **Comité** que se comprometa a promover esta Causa también en vista de la Beatificación y Canonización. Los miembros de este Comité deben ser personas particularmente sensibles a la promoción de la Causa: representantes de la diócesis y de la parroquia de origen, responsables de grupos y asociaciones, médicos (para el estudio de supuestos milagros), historiadores, teólogos y expertos en espiritualidad...

– Promover el conocimiento a través de la **escritura de biografías, ediciones críticas de escritos y otras producciones multimedia**.

– Presentar periódicamente la figura del Beato, (Venerable) Siervo de Dios **en el Boletín Parroquial y en el periódico diocesano, en el Boletín Salesiano**.

– Tener un **sitio web o un enlace** dedicado al Beato, (Venerable) Siervo de Dios con su vida, datos y noticias relacionadas con la Causa de Beatificación y Canonización, solicitud de oraciones, notificación de gracias...

- Revisar y ordenar los **ambientes** en los que ha vivido. Organiza un **espacio de exposición**. Desarrollar un **itinerario espiritual tras sus huellas**, realzando lugares (lugar de nacimiento, iglesia, ambientes de vida...) y signos.
- Organizar un **archivo** con toda la documentación catalogada e informatizada relativa al Beato (Venerable) Siervo de Dios.
- Crear un **fondo económico** para apoyar tanto los gastos de la Postulación de la Causa como la labor de promoción y animación de la propia Causa.
- Promover **obras de caridad y educación** en nombre del Beato, (Venerable) Siervo de Dios, a través de proyectos, hermanamientos...

¡Presta especial atención a los supuestos milagros!

- Cuidar nuestra mirada «teológica» para captar los milagros que ocurren todos los días en nuestra vida y a nuestro alrededor.
- Orar y hacer rezar por los diversos casos que se presenten y pedir que, por intercesión de un Siervo de Dios o de un Venerable o de un Beato, el Señor intervenga con su gracia y obre no sólo un milagro objetivamente sobre la salud corporal, sino también una conversión verdadera y sincera.
- Hacer comprender mejor lo que es un milagro «demostrable» y para qué sirve en una Causa de canonización, mostrando no solo el aspecto científico, médico, sino también teológico.
- Designar a una persona encargada de comunicar y reportar gracias y supuestos milagros. Seguir una Causa para certificar un milagro es un compromiso muy grande para un promotor que debe demostrar verdadero amor por el Siervo de Dios.
- Concienciar de que debemos tener más fe en la intercesión de nuestros santos.
- Comunícate cuando pedimos una gracia para unirnos en oración. No te canses de orar.
- Sigue mejor y personalmente a las personas a las que

entregas el material (novenas, estampitas, etc.) y también elige cuidadosamente los lugares donde hacerlo.

– Es importante sensibilizar a los fieles a una oración continua, sostenidos por una gran fe y siempre dispuestos a aceptar la voluntad de Dios. Podemos aprender al observar la vida y el sufrimiento de nuestros santos.

– Además de las oraciones, es importante estar cerca de las familias que tienen grandes problemas y regalarles algunas reliquias.

– En el caso de un supuesto milagro, es necesario proceder rigurosamente utilizando una metodología científica en la recolección de pruebas, testimonios, opiniones médicas, etc., y posiblemente ordenando toda la información en secuencia cronológica.

Un milagro se compone de dos elementos esenciales: el científico y el teológico. La segunda, sin embargo, presupone la primera.

Necesitas prepararte

1. Un informe breve y preciso sobre las circunstancias particulares del caso; Consiste en un caso cronológico de todos los elementos del hecho prodigioso, tanto los que se refieren a los elementos científicos como los teológicos. El caso cronológico implica: generalidad de los curados; síntomas de la enfermedad, cronología de los acontecimientos médico-científicos; indicación de las horas decisivas de recuperación, aclaración del diagnóstico y pronóstico del caso, destacando todas las investigaciones realizadas. Describa la terapia seguida, explique el modo de curación, es decir, cuándo se hizo la última observación antes de la curación, la integridad de la curación, presentada con gran detalle, y la permanencia de la curación.

2. Una lista de textos que pueden contribuir a la búsqueda de la verdad del caso (curados, familiares, médicos, enfermeras, personas que han rezado...).

3. Todos los documentos relacionados con el caso. Se requieren documentos médicos, clínicos e instrumentales (por ejemplo, registros médicos, informes médicos, pruebas de laboratorio e investigaciones instrumentales) para supuestas curaciones milagrosas.

Discernimiento inicial antes de iniciar una causa

En primer lugar, es necesario, por parte del Provincial y de su Consejo o del Superior o Jefe de un grupo, investigar y documentar con la mayor diligencia sobre la *fama sanctitatis et signorum* del candidato y la relevancia de la Causa, a fin de verificar la verdad de los hechos y la consiguiente formación de una certeza moral razonada. Además, es esencial que la Causa en cuestión afecte a una parte significativa del Pueblo de Dios y no sea la intención de un solo grupo, o de alguna persona. Todo esto implica un discernimiento inicial más motivado y documentado, para evitar la dispersión de energías, fuerzas, tiempos y recursos.

Por lo tanto, es esencial identificar a la persona adecuada (Vicepostulador) que se toma en serio la Causa y tiene el tiempo y la oportunidad de seguirla en todas sus etapas.

También hay que recordar que iniciar y continuar una Causa requiere una inversión considerable de recursos en términos de personas y contribuciones financieras.

Conclusión

La santidad reconocida, o en proceso de ser reconocida, por un lado, es ya la realización de la radicalidad evangélica y de la fidelidad al proyecto apostólico de Don Bosco, al que miramos como un recurso espiritual y pastoral; por otro lado, es una provocación para vivir fielmente la propia vocación para estar disponibles para dar testimonio del amor hasta el extremo. Nuestros Santos, Beatos, Venerables y Siervos de Dios son la auténtica encarnación del carisma salesiano y de las *Constituciones o Reglamentos* de nuestros Institutos y Grupos

en los más diversos tiempos y situaciones, superando esa mundanidad y superficialidad espiritual que minan nuestra credibilidad y fecundidad desde la raíz. Los santos son verdaderos místicos de la primacía de Dios en la entrega generosa de sí mismos, profetas de la fraternidad evangélica, servidores de sus hermanos y hermanas con creatividad.

El camino de la santidad es un camino que hay que hacer juntos, en compañía de los santos. La santidad se experimenta juntos y se alcanza juntos. Los santos están siempre en compañía: donde hay uno, siempre encontramos muchos otros. La santidad de la vida cotidiana hace florecer la comunión y es generadora de «relaciones». La santidad se alimenta de las relaciones, de la confianza, de la comunión. Verdaderamente, como nos hace rezar la liturgia de la Iglesia en el prefacio de los santos:

«En su vida nos ofrecéis un ejemplo, en la intercesión una ayuda, en la comunión de gracia un vínculo de amor fraterno. Consolados por su testimonio, enfrentemos la buena batalla de la fe, para compartir la misma corona de gloria más allá de la muerte».

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (7/13)

[*\(continuación del artículo anterior\)*](#)

Capítulo XIII. Institución de la fiesta de María Auxiliadora.

El modo maravilloso en que Pío VII fue liberado de su prisión es el gran acontecimiento que dio ocasión a la

institución de la fiesta de María Auxiliadora.

El emperador Napoleón I ya había oprimido de varias maneras al Sumo Pontífice, despojándole de sus bienes, dispersando a cardenales, obispos, sacerdotes y frailes, y privándoles asimismo de sus bienes. Después de esto, Napoleón exigió al Papa cosas que no podía conceder. A la negativa de Pío VII, el Emperador respondió con violencia y sacrilegio. El Papa fue arrestado en su propio palacio y, con el cardenal Pacca, su secretario, conducido a la fuerza a Savona, donde el perseguido, pero aún glorioso Pontífice, pasó más de cinco años en severa prisión. Pero como donde está el Papa está la Cabeza de la Religión y, por tanto, la concurrencia de todos los verdaderos católicos, Savona se convirtió en cierto modo en otra Roma. Tantas demostraciones de afecto movieron a envidia al Emperador, que quería que el Vicario de Jesucristo fuera humillado; y por ello ordenó que el Pontífice fuera trasladado a Fontainebleau, que es un castillo no lejos de París.

Mientras el Jefe de la Iglesia gemía como un prisionero separado de sus consejeros y amigos, a los cristianos sólo les quedaba imitar a los fieles de la Iglesia primitiva cuando San Pedro estaba en prisión, rezar. El venerable Pontífice rezó, y con él rezaron todos los católicos, implorando la ayuda de Aquella a la que se llama: *Magnum in Ecclesia praesidium*: Gran Guarnición en la Iglesia. Se cree comúnmente que el Pontífice prometió a la Santísima Virgen establecer una fiesta para honrar el título de agosto de María Auxiliadora, en caso de que pudiera regresar a Roma a el trono papal. Mientras tanto, todo sonreía al terrible conquistador. Después de haber hecho resonar su temido nombre por toda la tierra, caminando de victoria en victoria, había llevado sus armas a las regiones más frías de Rusia, creyendo encontrar allí nuevos triunfos; pero la divina Providencia le había preparado, en cambio, desastres y derrotas.

María, movida a piedad por los gemidos del Vicario de Jesucristo y las oraciones de sus hijos, cambió en un

instante el destino de Europa y del mundo entero.

Los rigores del invierno en Rusia y la deslealtad de muchos generales franceses echaron por tierra todas las esperanzas de Napoleón. La mayor parte de aquel formidable ejército pereció congelado o sepultado por la nieve. Las pocas tropas que se salvaron de los rigores del frío abandonaron al Emperador y éste tuvo que huir, retirarse a París y entregarse en manos de los británicos, que lo llevaron prisionero a la isla de Elba. Entonces la justicia pudo seguir de nuevo su curso; el Pontífice fue rápidamente liberado; Roma le acogió con el mayor entusiasmo, y el Jefe de la Cristiandad, ahora libre e independiente, pudo reanudar la administración de la Iglesia universal. Liberado de este modo, Pío VII quiso inmediatamente dar una señal pública de gratitud a la Santísima Virgen, por cuya intercesión el mundo entero reconoció su inesperada libertad. Acompañado de algunos cardenales, se dirigió a Savona, donde coronó la prodigiosa imagen de la Misericordia que se venera en esa ciudad; y con una multitud sin precedentes, en presencia del rey Víctor Manuel I y de otros príncipes, se celebró la majestuosa función en la que el Papa colocó una corona de gemas y diamantes sobre la cabeza de la venerable efigie de María.

Volviendo entonces a Roma, quiso cumplir la segunda parte de su promesa instituyendo una fiesta especial en la Iglesia, para atestiguar a la posteridad aquel gran prodigio.

Considerando, pues, cómo en todos los tiempos la Santísima Virgen ha sido siempre proclamada auxilio de los cristianos, se apoyó en lo que San Pío V había hecho después de la victoria de la Iglesia. Pío V había hecho después de la victoria de Lepanto ordenando que se insertaran en las letanías lauretanas las palabras *Auxilium Christianorum ora pro nobis*; explicando y ampliando cada vez más la cuarta fiesta que el Papa Inocencio XI había decretado al instituir la fiesta del nombre de María; Pío VII, para conmemorar perpetuamente la prodigiosa liberación de sí mismo, de los Cardenales, de los Obispos y la libertad restaurada a la

Iglesia, y para que hubiera un monumento perpetuo a ella en todos los pueblos cristianos, instituyó la fiesta de *María Auxilium Christianorum* que se celebraría todos los años el 24 de mayo. Se eligió ese día porque fue ese día del año 1814 cuando fue liberado y pudo regresar a Roma entre los aplausos más vivas de los romanos. (Quienes deseen saber más sobre lo que aquí hemos expuesto brevemente, pueden consultar Artaud: *Vita di Pio VII*. Moroni artículo Pío VII. P. Carini: *Il sabato santificato*. Carlo Ferreri: *Corona di fiori* etc. *Discursus praedicabiles super litanias Lauretanas* del P. Giuseppe Miecoviense). Mientras vivió, el glorioso Pontífice Pío VII promovió el culto a María; aprobó asociaciones y Cofradías dedicadas a Ella, y concedió muchas Indulgencias a las prácticas piadosas realizadas en Su honor. Un solo hecho basta para demostrar la gran veneración de este Pontífice hacia María Auxiliadora.

En el año 1817 se terminó un cuadro que debía colocarse en Roma, en la iglesia de S. María in Monticelli, bajo la dirección de los Sacerdotes de la doctrina cristiana. El 11 de mayo ese cuadro fue llevado al Pontífice en el Vaticano para que lo bendijera y le impusiera un título. En cuanto vio la devota imagen, sintió una emoción tan grande en su corazón, que, sin ninguna prevención, prorrumpió instantáneamente en el magnífico prefacio: *Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. De estas voces del Santo Padre se hicieron eco los devotos Hijos de María y en la primera develación de aquella (15 del mismo mes) hubo un verdadero transporte de gente, alegría y devoción. Las ofrendas, los votos y las fervientes oraciones han continuado hasta nuestros días. De modo que puede decirse que esa imagen está continuamente rodeada de devotos que piden y obtienen gracias por intercesión de María, Auxilio de los Cristianos.

Capítulo XIV. Hallazgo de la imagen de María Auxilium Christianorum de Espoleto.

Al relatar la historia del hallazgo de la

prodigiosa imagen de *María Auxilium Christianorum* en las cercanías de Spoleto, transcribimos literalmente el informe hecho por Monseñor Arnaldi Arzobispo de esa ciudad.

En la parroquia de San Lucas, entre Castelrinaldi y Montefalco, archidiócesis de Spoleto, en campo abierto, lejos de la ciudad y fuera de la carretera, existía en la cima de una pequeña colina una antigua imagen de la Bienaventurada Virgen María pintada al fresco en un nicho en actitud de abrazar al Niño Jesús. Junto a ella, cuatro imágenes que representaban a San Bartolomé, San Sebastián, San Blas y San Roque parecen haber sido alteradas por el tiempo. Expuestas a la intemperie durante mucho tiempo, no sólo han perdido su viveza, sino que han desaparecido casi por completo. Sólo se ha conservado bien la venerable imagen de María y el Niño Jesús. Aún quedan restos de un muro que demuestran que allí existió una iglesia. Desde que se tiene memoria, este lugar estuvo totalmente olvidado y se redujo a una guarida de reptiles y, en particular, de serpientes.

Desde hacía ya varios meses, esta venerable imagen había excitado de algún modo su culto *por medio de una voz que oía repetidamente un niño de no más de cinco años, llamado Enrique*, que le llamaba por su nombre y le dirigía una mirada de un modo que no expresaba bien el propio niño. Sin embargo, no atrajo la atención del público hasta el 19 de marzo del año 1862.

Un joven campesino de los alrededores, de treinta años, agravado posteriormente por muchos males, que se habían vuelto crónicos, y abandonado por sus médicos, se sintió inspirado para ir a venerar la imagen mencionada. Declaró que, después de encomendarse a la Santísima Virgen en dicho lugar, sintió que se le restablecían las fuerzas perdidas, y en pocos días, sin utilizar ningún remedio natural, volvió a gozar de perfecta salud. Otras personas también, sin saber cómo ni por qué, sintieron un impulso natural de ir a venerar esta santa imagen, y refirieron haber recibido gracias de ella. Estos acontecimientos trajeron a la memoria y a la discusión entre la gente de Terrazzana la voz dormida del niño antes

mencionado, al que naturalmente no se le había dado crédito ni importancia, como debería haber sido. Fue entonces cuando se supo cómo la madre del niño lo había perdido en las circunstancias de la supuesta aparición y no podía encontrarlo, y finalmente lo encontró cerca de una pequeña iglesia alta y en ruinas. También se sabe cómo una mujer de buena vida, aquejada por Dios de graves aflicciones, anunció a su muerte, hace un año, que la Santísima Virgen quería ser adorada y venerada allí, que se construiría un templo y que los fieles acudirían en gran número.

De hecho, es cierto que un gran número de personas, no sólo de la diócesis, sino también de las diócesis vecinas de Todi, Perugia, Fuligno, Nocera, Narni, Norcia, etc., acuden en masa al lugar, y el número crece de día en día, especialmente en los días de fiesta, hasta cinco o seis mil. Este es el mayor milagro del que se tiene noticia, ya que no se observa en otros descubrimientos prodigiosos.

La gran concurrencia de fieles que acuden de todas partes como guiados por una luz y una fuerza celestial, una concurrencia espontánea, una concurrencia inexplicable e inexpressable, es el milagro de los milagros. Los mismos enemigos de la Iglesia, incluso los cojos de fe, se ven obligados a confesar que no pueden explicar este sagrado entusiasmo del pueblo.... Son muchos los enfermos de los que se dice que han sido curados, no pocas las gracias prodigiosas y singulares concedidas, y aunque es necesario proceder con la máxima cautela para discernir rumores y hechos, parece indudablemente cierto que una mujer civilizada yacía afligida por una enfermedad mortal y fue curada invocando aquella sagrada imagen. Un joven de la Villa de Santiago, que tenía los pies aplastados por las ruedas de un carro y se veía obligado a permanecer de pie con muletas, visitó la sagrada imagen y sintió tal mejoría que se deshizo de las muletas y pudo volver a casa sin ellas, y está perfectamente libre. También se produjeron otras curaciones.

No hay que olvidar que algunos incrédulos, habiendo ido a visitar la santa imagen y burlándose de ella,

acudieron al lugar y, en contra de su buen juicio, sintieron la necesidad de arrodillarse y rezar, y volvieron con sentimientos completamente distintos, hablando públicamente de las maravillas de María. El cambio producido en estas personas corruptas de mente y corazón causó una santa impresión en el pueblo. (Hasta aquí Mons. Arnaldi).

Este Arzobispo quiso ir él mismo con numerosos clérigos y su Vicario al lugar de la imagen para comprobar la verdad de los hechos, y encontró allí a miles de devotos. Ordenó la restauración de la efigie, que estaba algo fracturada en varias partes, y habiendo recaudado ya la suma de seiscientos escudos en piadosas oblaciones, encargó a hábiles artistas que diseñaran un templo, insistiendo en que los cimientos se colocaran con sumo cuidado.

Para favorecer la gloria de María y la devoción de los fieles a tan gran Madre, ordenó que se cubriera temporal pero decentemente el nicho donde se venera la imagen taumaturga, y que se erigiera allí un altar para celebrar la Santa Misa.

Estas disposiciones fueron de indecible consuelo para los fieles, y a partir de entonces el número de personas de toda condición creció diariamente.

La devota imagen no tenía título propio, y el piadoso Arzobispo juzgó que debía venerarse con el nombre de *Auxilium Christianorum*, como parecía más adecuado a la actitud que presentaba. También dispuso que siempre hubiera un sacerdote custodiando el Santuario o, al menos, algún laico de conocida probidad.

El informe de este prelado concluye con el relato de un nuevo rasgo de la bondad de María obrado tras la invocación a los "pies" de esta imagen.

Una joven de Acquaviva estaba en proceso de prueba en este Monasterio de Santa María de la Estrella, donde debía vestir el hábito de conversa. Una enfermedad reumática general la invadió de tal modo que, paralizados todos sus miembros, se

vio obligada a regresar con su familia.

Por muchos remedios que probaran por los providentes padres, nunca pudo curarse; y hacía cuatro años que yacía en cama, víctima de una dolencia crónica. Al oír las gracias de esta efigie taumatúrgica, deseó que la llevaran allí en un carruaje, y en cuanto se encontró ante la venerable imagen, experimentó una notable mejoría. Se dice que otras gracias singulares han sido obtenidas por personas de Fuligno.

La devoción a María crece siempre de un modo muy consolador para mi corazón. Bendito sea siempre Dios, que en su misericordia se ha dignado reavivar la fe en toda Umbría con la prodigiosa manifestación de su gran Madre María. Bendita sea la Santísima Virgen que con esta manifestación se dignó señalar con preferencia la Archidiócesis de Spoleto.

Benditos sean Jesús y María, que con esta misericordiosa manifestación abren los corazones de los católicos a una esperanza más viva.

Spoleto, 17 de mayo de 1862.

† GIOVANNI BATTISTA ARNALDI.

Así, la venerable imagen de María Auxiliadora cerca de Spoleto, pintada en 1570, que permaneció casi tres siglos sin honor, se ha elevado a la más alta gloria en nuestros tiempos por las gracias que la Reina del Cielo concede a sus devotos en ese lugar: y ese humilde lugar se ha convertido en un verdadero santuario, al que acuden gentes de todo el mundo. Los devotos y benéficos hijos de María dieron muestras de gratitud con conspicuas oblaciones, gracias a las cuales pudieron ponerse los cimientos de un majestuoso templo, que pronto alcanzará su deseada culminación.

[\(continuación\)](#)

El camino educativo de Don Bosco (2/2)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

El mercado de los brazos jóvenes

La época histórica en la que vivió Don Bosco no fue de las más felices. En los barrios de Turín, el santo educador descubrió un verdadero *"mercado de brazos jóvenes"*: la ciudad estaba cada vez más llena de menores inhumanamente explotados.

El mismo Don Bosco recuerda que los primeros muchachos a los que pudo acercarse eran *"canteros, albañiles, yeseros, cuadradores y otros, que venían de países lejanos"*. Se empleaban en todas partes, sin estar protegidos por ninguna ley. Eran *"vendedores ambulantes, vendedores de azufre, limpiabotas, deshollinadores, mozos de cuadra, vendedores ambulantes de hojas, tenderos en el mercado, todos chicos pobres que vivían al día"*. Los veía trepar en los andamios de los albañiles, buscando trabajo como aprendices en los talleres, deambulando por ahí lanzando el llamado de limpiachimeneas. Los vio jugar por dinero en las esquinas: si intentaba acercarse a ellos, se apartaban recelosos y despectivos. No eran los chicos de los Becchi, en busca de cuentos o juegos de manos. Eran los *"lobos"* de sus sueños; eran los primeros efectos de una revolución que conmocionaría al mundo, *la revolución industrial*.

Llegaban por centenares desde pequeños pueblos de la ciudad, en busca de trabajo. No encuentran más que lugares miserables, en los que se hacina toda la familia, sin aire, sin luz, fétidos por la humedad y los desagües de las alcantarillas. En las fábricas y talleres, ninguna medida higiénica, ninguna reglamentación salvo las impuestas por el

amo.

Escapar de la pobreza del campo a la ciudad significaba también aceptar salarios de miseria o adaptarse a un nivel de vida arriesgado para tener algo que ganar. Hasta 1886 no llegó una primera ley, gracias también al celo del sacerdote de los artesanos, que regulaba de alguna manera el trabajo de los menores. En las obras en construcción, Don Bosco veía *“niños de ocho a doce años, lejos de su patria, al servicio de los albañiles, pasando el día subiendo y bajando por los puentes inseguros, al sol, al viento, subiendo las empinadas escaleras cargadas de cal, de ladrillos, sin otra ayuda educativa que rudas divagaciones o palizas”*.

Don Bosco traza rápidamente la línea. Esos chicos necesitan una escuela y un trabajo que les abran un futuro más seguro: necesitan ser chicos, ante todo, vivir la exuberancia de su edad, sin abatirse en las aceras y abarrotar las cárceles. La realidad social de nuestro tiempo parece resonar con la de ayer: otros inmigrantes, otros rostros llaman como un río desbordado a las puertas de nuestras conciencias.

Don Bosco fue un educador dotado de intuición, de sentido práctico, reacio a las soluciones de mesa, a las metodologías abstrusas y a los proyectos abstractos. La página educativa la escribe el santo con su vida, ante su pluma. Es la forma más convincente de hacer creíble un sistema educativo. Para hacer frente a la injusticia, a la explotación moral y material de los menores, crea escuelas, organiza talleres artesanales de todo tipo, inventa y promueve iniciativas contractuales para proteger a los niños, estimula las conciencias con propuestas cualificadas de formación para el trabajo. A la vacía política de palacio y a las manifestaciones instrumentales de la plaza responde con estructuras de acogida eficaces, servicios sociales innovadores, objeto de estima y admiración incluso de los anticlericales más ardientes de la época. Y la historia de hoy no es tan diferente de la de ayer; es más, la historia lleva el vestido que sus sastres confeccionan con sus propias manos

e ideas.

Don Bosco creyó en el muchacho, apostó por sus capacidades, fueran pocas o muchas, visibles u ocultas. Amigo de tantos chicos de la calle, supo leer en sus corazones el potencial oculto de bondad. Era capaz de escarbar en la vida de cada uno y sacar recursos preciosos para adaptar el vestido a la dignidad de sus jóvenes amigos. Una pedagogía que no toca la esencia de la persona y no sabe conjugar los valores eternos de cada criatura, al margen de toda lógica histórica y cultural, corre el riesgo de intervenir sobre personas abstractas o sólo en la superficie.

El impacto en el territorio de su tiempo estaba determinado. Miró a su alrededor, a todas partes: vio y creó lo imposible para realizar sus santas utopías. Entró en contacto con las realidades extremas de la desviación juvenil. Entró en las cárceles: pudo mirar dentro de esta lacra con valentía y espíritu sacerdotal. Fue una experiencia que le marcó profundamente. Se acercó a los males de la ciudad con una participación viva y conmovida: era consciente de la existencia de tantos jóvenes que esperaban que alguien se ocupara de ellos. Vio con el corazón y la mente sus traumas humanos, incluso lloró, pero no se detuvo ante los barrotes; consiguió gritar con la fuerza de su corazón, a los que conoció, que la cárcel no es el hogar que hay que recibir como regalo de la vida, sino que hay otra forma de vivir la vida. Lo gritó con opciones concretas a las voces que salían de las celdas insalubres, y con gestos de cercanía a la multitud de chicos sembrados en las calles, cegados por la ignorancia y congelados por la indiferencia de la gente. Fue la insistencia de toda una vida: evitar que tantos acabaran entre rejas o colgados de la horca. Ni siquiera es concebible que su Sistema Preventivo no tuviera relación con esta amarga e impactante experiencia juvenil. Aunque quisiera, nunca podría haber olvidado aquella última noche pasada junto a un joven condenado a la horca, ni la escolta de los condenados a muerte y el desmayo ante la horca. ¿Cómo es concebible que su corazón

no tuviera una reacción, al pasar entre la gente, tal vez petulante, tal vez compadecida, y ver una vida joven apagada por la lógica humana, que ajusta cuentas con los que han acabado en un barranco y no se agachan para tenderles una mano para sacarlos? El campesino de los Becchi, con un corazón tan grande como la arena del mar, era una mano siempre tendida hacia la juventud pobre y abandonada.

Valioso legado

Todo hombre deja siempre una huella de su paso por la tierra. Don Bosco ha dejado a la historia la encarnación de un método educativo que es también una espiritualidad, fruto de una sabiduría educativa experimentada en el trabajo cotidiano, al lado de los jóvenes. ¡Se ha escrito mucho sobre esta preciosa herencia!

El campo educativo es hoy tan complejo como siempre, porque se mueve en un tejido cultural desarticulado. Existe un amplísimo pluralismo metodológico de intervenciones operativas, tanto sociales como políticas.

El educador se enfrenta a situaciones difíciles de descifrar y a menudo contradictorias, con modelos a veces permisivos, a veces autoritarios. ¿Qué hacer? ¡Ay del educador inseguro, frenado por la duda! Quien educa no puede vivir indeciso y perplejo, transitando entre “por aquí o por allá”. Educar en una sociedad fragmentada no es fácil. Con una gran clase de marginados, dividida en tantos fragmentos, no es fácil arrojar luz; prevalece lo subjetivo, el interés propio, la tendencia a refugiarse en ideales efímeros y transitorios. De los años en que prevalecía la tendencia al protagonismo, hemos pasado al rechazo o al desinterés por la vida pública, por la política: poca participación, poco deseo de implicación.

A la ausencia de un centro que proporcione puntos de referencia estables, se añade la ausencia de un fundamento de certezas, que dé a los jóvenes la voluntad de vivir y el amor al servicio de los demás.

Y sin embargo, en este mundo de hegemonías provisionales, carente de una cultura unitaria, con elementos heterogéneos y aislados, surgen nuevas necesidades: una mejor calidad de vida, unas relaciones humanas más constructivas, la afirmación de una solidaridad centrada en el voluntariado. Surgen necesidades de nuevos espacios abiertos de diálogo y encuentro: los jóvenes deciden cómo, dónde y qué decirse.

En la era de la bioética, del control remoto, de la búsqueda de las cosas bellas y sencillas de la tierra, buscamos un nuevo rostro de la pedagogía. Es la pedagogía que se viste de acogida, de disponibilidad, de espíritu de familia, que genera confianza, alegría, optimismo, simpatía, que abre horizontes propositivos de esperanza, que busca los medios y los caminos para trabajar la novedad de la vida. Es la pedagogía del corazón humano, la herencia más preciosa que Don Bosco dejó a la sociedad.

Sobre este tejido, abierto y sensible a la prevención, debe construirse con valor y voluntad un futuro mejor para los muchachos *perturbados* de hoy. Siempre es posible hacer presente la intervención pedagógica de Don Bosco, porque se fundamenta en la esencia natural de todo ser humano. Son los criterios de la razón, la religión y la bondad: el trinomio sobre el que tantos jóvenes se han formado “como honrados ciudadanos y buenos cristianos”.

No es un método de estudio, repetimos, sino una forma de vida, la adhesión a un espíritu, que contiene valores nacidos y madurados con el hombre, creado a imagen y semejanza del Creador. La extraordinaria predilección por los jóvenes, el profundo respeto por su persona y su libertad, la preocupación por conjugar las necesidades materiales con las del espíritu, la paciencia para vivir los ritmos de crecimiento o cambio del muchacho como sujeto activo, no pasivo, de todo proceso educativo, son la síntesis de esta “preciosa herencia”.

Y hay otro aspecto. Hay una cuenta abierta con la sociedad: los jóvenes del futuro exigen un Don Bosco “*universal*”, más allá de los márgenes de su familia

apostólica. ¡Cuántos de nuestros jóvenes no han oído hablar nunca de Don Bosco!

Es urgente relanzar su mensaje, que sigue vivo: si prescindimos de este proceso natural de reactualización, corremos también el riesgo de matar los signos positivos presentes en la cultura actual que, aunque con sensibilidades diferentes y objetivos y motivaciones opuestos, tiene en el corazón la promoción humana del joven.

La pedagogía de Don Bosco, antes de traducirse en documentos reflexivos, en escritos sistemáticos tomó el rostro de los muchísimos jóvenes que educó. Cada página de su sistema educativo tiene un nombre, un hecho, un logro, tal vez incluso fracasos. ¿El secreto de su santidad? ¡Los jóvenes! “Por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros estoy dispuesto a dar la vida”.

A los jóvenes sin amor, Don Bosco les devolvía el amor. A los jóvenes sin familia, porque no existía o estaba física y espiritualmente alejada de ellos, Don Bosco procuraba construir o reconstruir el ambiente y el clima de la familia. Hombre dotado de una profunda voluntad de mejora a través del cambio continuo, Don Bosco se dejó guiar por la certeza de que todos los jóvenes, en la práctica, podían llegar a ser mejores. La semilla de la bondad, la posibilidad del éxito estaba en cada joven; sólo hacía falta encontrar el camino: “Se tomó muy a pecho el destino de miles de pequeños vagabundos, ladrones por abandono o miseria, chicos y chicas hambrientos y sin hogar.

Aquellos a los que la sociedad ponía en los márgenes, para Don Bosco estaban en primer lugar; eran el objeto de su fe. Los jóvenes rechazados por la sociedad representaban incluso su gloria; era el reto en un momento histórico en el cual la atención y los cuidados educativos de la sociedad y de los organismos estaban dirigidos a los chicos de bien, de modo correcto, incluso lo más correctamente posible

Don Bosco percibió el poder del amor del educador.

No le preocupaba en absoluto adaptarse y conformarse a los sistemas, métodos y conceptos pedagógicos en uso en su época. Era un enemigo abierto de una educación que destacaba la autoridad por encima de todo, que predicaba una relación fría y desapegada entre educadores y alumnos. La violencia castigaba momentáneamente a los viciosos, pero no curaba a los viciosos. Por eso no aceptaba ni permitía nunca los castigos "ejemplares", que supuestamente tenían un efecto preventivo, infundiendo miedo, ansiedad y angustia.

Comprendía que ninguna educación era posible sin ganarse el corazón del joven; el suyo era un método educativo que conducía al consentimiento, a la participación del joven. Estaba convencido de que ningún esfuerzo pedagógico daría fruto mientras no encontrara su fundamento en toda la disposición a escuchar.

Hay una característica que concierne al ámbito en el que se desarrolla la educación y que es típica de la pedagogía de Don Bosco: la creación y conservación de una "alegría", por la que cada día se convierte en una fiesta. Una alegría que sólo existe, y no podría ser de otro modo, en virtud de la actividad creadora, que excluye todo aburrimiento, toda sensación de cansancio por no saber cómo ocupar el tiempo. En este campo, Don Bosco poseía una inventiva y una habilidad que le permitían, con extraordinaria destreza, no sólo entretener, sino atraer hacia sí a los jóvenes mediante juegos, recitaciones, canciones, paseos: el ámbito de la alegría representaba un pasaje obligado para su pedagogía.

Los jóvenes, por supuesto, tienen que descubrir dónde está su error, y para ello necesitan la ayuda del educador, incluso mediante la desaprobación, pero ésta no tiene por qué ir acompañada de violencia. La desaprobación es un llamamiento a la conciencia. El educador debe ser el guía de los valores, no de su propia persona. En la intervención educativa, un vínculo excesivamente fuerte del alumno con la persona del educador puede amenazar el efecto favorable de la actividad educativa del educador; fácilmente puede surgir un

mito, generado por la emotividad, hasta el punto de convertirlo en un ideal absolutizado. Los jóvenes no deben estar dispuestos a hacer nuestra voluntad: deben aprender a hacer lo que es correcto y significativo para su crecimiento humano y existencial. El educador trabaja para el futuro, pero no puede trabajar sobre el futuro; debe aceptar, por tanto, estar continuamente expuesto a la revisión de su trabajo, de sus metodologías y, sobre todo, debe preocuparse continuamente por descubrir cada vez más profundamente la realidad del educando, para intervenir en el momento oportuno.

Don Bosco solía decir: *“no basta con que el primer círculo, es decir, la familia, esté sano, es necesario también que ese segundo círculo, inevitable, que está formado por los amigos del muchacho, esté sano. Empieza por decirle que hay una gran diferencia entre compañeros y amigos. A los compañeros no los puede elegir; los encuentra en el pupitre del colegio y en el lugar de trabajo o en las reuniones. A los amigos, en cambio, puede y debe elegirlos... No obstaculices la vivacidad natural del muchacho y no le llames malo porque no se queda quieto”*.

Pero esto no basta; el juego y el movimiento pueden ocupar una buena parte, pero no toda la vida del niño. El corazón necesita su propio alimento, necesita amar.

“Un día, tras una serie de consideraciones sobre Don Bosco, invité a los chicos de nuestro centro a expresar con un dibujo, con una palabra, con un gesto la imagen que se habían hecho del Santo.

Algunos reprodujeron la figura del sacerdote rodeado de chicos. Otro dibujó una barra: la cara de un chico estaba esbozada en el interior, mientras que desde el exterior una mano intentaba forzar un cerrojo. Otro, tras un largo silencio, dibujó dos manos entrelazadas. Un tercero dibujó corazones de formas variadas y en el centro un medio busto de Don Bosco, con montones y montones de manos tocando esos corazones. Un último escribió una sola palabra: ¡padre! La mayoría de estos chicos no conocen a Don Bosco”.

“Hacía tiempo que soñaba con acompañarles a

Turín: las circunstancias no siempre nos habían sido favorables. Tras varios intentos infructuosos, habíamos conseguido reunir a un grupo de ocho chicos, todos con condenas penales. A dos chicos se les había permitido salir de la cárcel durante cuatro días, tres estaban bajo arresto domiciliario, los demás estaban sujetos a diversas prescripciones.

Ojalá tuviera la pluma de un artista para describir las emociones que leí en sus ojos mientras escuchaban la historia de sus compañeros ayudados por Don Bosco. Deambulaban por aquellos lugares benditos como si revivieran sus historias. En los aposentos del Santo seguían la Santa Misa con un recogimiento conmovedor. Los veo cansados, apoyando la cabeza en la urna de Don Bosco, contemplando su cuerpo, susurrando oraciones. Lo que dijeron, lo que Don Bosco dijo a aquellos muchachos nunca lo sabré. Con ellos disfruté de la alegría de mi propia vocación”.

En Don Bosco encontramos una sabiduría suprema al centrarse en la vida concreta de cada chico o joven que encontraba: su vida se convertía en su vida, sus sufrimientos se convertían en sus sufrimientos. No descansaba hasta haberles ayudado. Los chicos que entraban en contacto con Don Bosco se sentían sus amigos, sentían que estaba a su lado, percibían su presencia, saboreaban su afecto. Esto les hizo sentirse seguros, menos solos: para los que viven en los márgenes, éste es el mayor apoyo que pueden recibir.

En un manual de primaria, amarillento y desgastado por los años, leí unas frases, escritas con tinta, al pie de la historia del malabarista Becchi. Quienes las habían escrito era la primera vez que oían hablar de Juan Bosco: “Sólo Dios, su Palabra, es la regla y la guía inmortal de nuestro comportamiento y nuestras acciones. Dios está ahí a pesar de las guerras. La tierra a pesar del odio sigue dándonos pan para vivir’.

P. Alfonso Alfano, sdb

Misioneros en los Países Bajos

En el imaginario común las “misiones” se refieren al sur del mundo, en realidad no es un criterio geográfico de base y Europa también es destino de los misioneros salesianos: en este artículo hablamos de los Países Bajos.

Cuando Don Bosco soñaba, entre 1871 y 1872, con “bárbaros” y “salvajes”, según el lenguaje de la época, altos de estatura y con rostros feroces, vestidos con pieles de animales caminando por una zona completamente desconocida para él con misioneros a lo lejos, en los que reconocía a sus Salesianos, no podía prever el enorme desarrollo de la Congregación Salesiana en el mundo. Treinta y cinco años más tarde – 18 años después de su muerte – los Salesianos fundarían su primera Inspectoría en la India y 153 años más tarde la India se convertiría en el primer país del mundo en número de Salesianos. Lo que Don Bosco no podía imaginar en absoluto es que los salesianos indios vendrían a Europa, en particular a los Países Bajos, para trabajar como misioneros y vivir y experimentar su vocación.

Conocemos al P. Biju Oledath sdb, nacido en 1975 en Kurianad, Kerala, al sur de la India. Salesiano desde 1993, llegó a Holanda como misionero en 1998, después de estudiar filosofía en el colegio salesiano de Sonada. Tras su período de prácticas, completó sus estudios teológicos en la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica). En 2004, fue ordenado sacerdote en la India y ejerció como joven sacerdote en la parroquia de Alapuzha, Kerala, antes de regresar al año siguiente a los Países Bajos como misionero. Actualmente vive y trabaja en la comunidad salesiana de Assel.

En el corazón del P. Biju, cuando era joven, estaba la semilla de la misión *ad gentes* y, en particular, el deseo de ser destinado a África, inspirado por sus hermanos indios que partieron para Kenia, Tanzania y Uganda. Este sueño misionero se alimentaba de sus historias y de todo el material que escribían, cartas y artículos sobre la obra salesiana en África. Sin embargo, sus superiores pensaron que aún era demasiado joven y no estaba preparado para dar ese paso, y su familia también pensó que era demasiado peligroso para él partir en aquel momento. El P. Biju nos dice: "Mirando hacia atrás, estoy de acuerdo con ellos: primero tenía que completar mi formación inicial y realmente quería estudiar teología en una buena universidad. No habría sido tan fácil en aquellos países de aquel momento".

Pero si el deseo misionero es sincero y viene de Dios, el momento de la llamada siempre llega: la vocación misionera salesiana, de hecho, es una llamada dentro de la llamada común a la vida consagrada para los Salesianos de Don Bosco. Así, en 1997, al P. Biju se le ofreció la misión *ad gentes* en Europa, en los Países Bajos, ciertamente un proyecto muy diferente de la vida misionera en África. Tras sus prácticas, estudiaría teología en la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica). "Tuve que tragar saliva por un momento, pero aun así me alegré de poder partir hacia un nuevo país", confiesa el P. Biju, decidido a recorrer el mundo por el bien de los jóvenes.

No es obvio conocer el lugar al que uno es enviado como misionero, quizá uno haya oído algo sobre el país o alguna historia sobre él. "Ya había oído hablar de Holanda, sabía que estaba por debajo del nivel del mar y había leído una historia sobre un niño que metió el dedo en una presa para evitar una inundación, salvando así al país. Inmediatamente empecé a buscar un atlas mundial y al principio me costó encontrarlo entre todos los demás grandes países europeos". El padre de Biju se oponía, preocupado por la distancia y el largo viaje, mientras que su madre le instaba a obedecer su vocación y

seguir su sueño de felicidad.

Antes de llegar a Europa, hubo que esperar mucho tiempo para obtener un visado para los Países Bajos. Así, el P. Biju fue destinado a trabajar con los niños de la calle en Bangalore. A mediados de diciembre de 1998, en un frío día de invierno, llegó por fin al aeropuerto de Ámsterdam, donde el inspector y otros dos salesianos esperaban al misionero indio. La calurosa acogida compensó el choque cultural de acercarse a un lugar nuevo, muy diferente de la India, donde siempre hace calor y mucha gente vive en la calle. La inculturación requiere tiempo para acostumbrarse, conocer y comprender dinámicas totalmente desconocidas en casa.

El primer año del padre Biju lo pasó conociendo las diferentes casas y obras salesianas: “Me di cuenta de que hay gente muy agradable y empecé a adaptarme a todas estas nuevas impresiones y costumbres”. Los Países Bajos no sólo son fríos y lluviosos, sino también bonitos, soleados y cálidos. Los salesianos fueron muy amables y hospitalarios con el P. Biju, se preocuparon de que se sintiera cómodo y como en casa. Ciertamente, la forma en que los holandeses viven su fe cristiana es muy diferente de la de la India, y el impacto puede ser chocante: grandes iglesias con poca gente, en su mayoría ancianos, canciones y música diferentes, un estilo más humilde. Además, nos dice el P. Biju, “echaba mucho de menos la comida, la familia, los amigos... sobre todo la cercanía de los jóvenes salesianos de mi edad a mi alrededor”. Pero a medida que mejora la comprensión de la situación, las diferencias empiezan a tener un sentido y una lógica.

Para ser un misionero salesiano eficaz en Europa, trabajar en una sociedad secularizada requiere a menudo adaptabilidad, sensibilidad cultural y una comprensión gradual del contexto local, que no se obtiene de la noche a la mañana. Este trabajo requiere paciencia, oración, estudio y reflexión que ayuden a descubrir la fe a la luz de una nueva cultura. Esta apertura permite a los misioneros dialogar con sensibilidad y respeto

con la nueva cultura, reconociendo la diversidad y pluralidad de valores y perspectivas religiosas.

Los misioneros deben desarrollar una fe y una espiritualidad personales profundamente arraigadas en el lugar donde se encuentran, como hombres de oración, ante la disminución de los índices de afiliación religiosa, el menor interés o apertura a las cuestiones espirituales y la ausencia de nuevas vocaciones a la vida religiosa/salesiana.

Existe un gran riesgo de perderse en una sociedad secularizada en la que prevalecen el materialismo y el individualismo, y puede haber menos interés o apertura a las cuestiones espirituales. Si no se tiene cuidado, un joven misionero puede caer fácilmente en el escepticismo y la indiferencia religiosa y espiritual. En todos estos momentos, es importante contar con un director espiritual que pueda guiarle a uno hacia el discernimiento correcto.

Como el P. Biju, hay unos 150 salesianos que han sido enviados por toda Europa desde el comienzo del nuevo milenio, a este continente necesitado de recristianización, donde la fe católica necesita ser revigorizada y sostenida. Los misioneros son un don para la comunidad local, tanto salesiana como eclesial y social. La riqueza de la diversidad cultural es un don recíproco para quien acoge y para quien es acogido, y contribuye a abrir horizontes mostrando un rostro más "católico", es decir, universal, de la Iglesia. Los misioneros salesianos aportan también un soplo de aire fresco a algunas Inspectorías que tienen dificultades para realizar un cambio generacional, en el que los jóvenes se interesan cada vez menos por las vocaciones a la vida consagrada.

A pesar de la tendencia a la secularización, hay signos de un renacimiento del interés espiritual en los Países Bajos, sobre todo entre las generaciones más jóvenes. En los últimos años, se observa una apertura a la religiosidad y una disminución de los sentimientos antirreligiosos. Esto se manifiesta de diversas formas, como formas alternativas de ser iglesia, la

exploración de prácticas espirituales alternativas, la atención plena y la reevaluación de las creencias religiosas tradicionales. Hay una creciente necesidad de ayudar a los jóvenes, ya que un grupo significativo de jóvenes sufre de soledad y depresión, a pesar del bienestar general de la sociedad. Como salesianos, debemos leer los signos de los tiempos para estar cerca de los jóvenes y ayudarles.

Vemos signos de esperanza para la Iglesia, traídos por los cristianos emigrantes que llegan a Europa y por los cambios demográficos, culturales y de vida en muchas comunidades locales. En la comunidad salesiana de Hassel se reúnen a menudo jóvenes cristianos inmigrantes de Oriente Medio, que traen su fe vibrante, sus oportunidades y contribuyen positivamente a nuestra comunidad salesiana.

“Todo esto me produce una gran sensación y me hace darme cuenta de lo bueno que es poder trabajar aquí, en lo que inicialmente es un país extranjero para mí”.

Recemos para que el ardor misionero permanezca siempre encendido y no falten misioneros dispuestos a escuchar la llamada de Dios para llevar su Evangelio a todos los continentes a través del testimonio sencillo y sincero de la vida.

por Marco Fulgaro

Don Bosco y “La Consolata”

El pilón más antiguo de la zona de Becchi parece datar de 1700. Se erigió en el fondo de la llanura, hacia el “Mainito”, donde se reunían las familias que vivían en la antigua “Scaiota”. Luego se convirtió en una granja salesiana, que ahora ha sido renovada y convertida en una casa juvenil

que acoge a grupos de jóvenes peregrinos al Templo y a la Casa de Don Bosco.

Este es el pilar de la Consolata, con una estatua de la Virgen Consoladora de los Afligidos, siempre honrada con flores campestres traídas por los devotos. Juan Bosco debió de pasar muchas veces junto a ese pilar, quitándose el sombrero y murmurando un Ave María, como le había enseñado su madre.

En 1958, los Salesianos restauraron el antiguo pilar y, con un solemne oficio religioso, lo inauguraron al culto renovado de la comunidad y de la población, según consta en la Crónica de ese año conservada en los archivos del Instituto "Bernardi Semeria".

Aquella estatua de la Consolata pudo ser, por tanto, la primera imagen de María Santísima que Don Bosco veneró en su infancia en su casa.

En la "Consolata" de Turín

Ya como estudiante y seminarista en Chieri, Don Bosco debió de ir a Turín para venerar a la Virgen Consoladora (MB I, 267-68). Pero es seguro que, como nuevo sacerdote, celebró su segunda Santa Misa precisamente en el Santuario de la Consolata "para agradecer -como escribió- a la Gran Virgen María los innumerables favores que me había obtenido de su Divino Hijo Jesús" (MO 115).

En los tiempos del Oratorio errante y sin morada fija, Don Bosco iba con sus muchachos a alguna iglesia de Turín para la Misa dominical, y la mayoría de las veces iban a la Consolata (MB II, 248; 346).

En el mes de mayo de 1846-47, para agradecer a la Virgen Consoladora el haberles dado por fin un hogar estable, llevó allí a sus jóvenes a hacer la Santa Comunión, mientras los buenos Padres Oblatos de la Virgen María, que oficiaban en el Santuario, se prestaban a confesarlos (MB II, 430).

Cuando, en el verano de 1846, Don Bosco cayó gravemente enfermo, sus muchachos no sólo mostraron su dolor con lágrimas, sino que, temiendo que los medios humanos no

bastaran para su curación, se turnaban de la mañana a la noche en el Santuario de la Consolata para rogar a María Santísima que preservara a su amigo y padre enfermo.

Hubo quien incluso hizo votos infantiles y quien ayunó a pan y agua para que la Virgen les escuchara. Fueron escuchados y Don Bosco prometió a Dios que hasta su último aliento sería para ellos.

Las visitas de Don Bosco y sus muchachos a la Consolata continuaron. Invitado una vez a cantar una misa en el santuario con sus jóvenes, llegó a la hora convenida con la improvisada "Schola cantorum", llevando consigo la partitura de una «misa» que había compuesto para la ocasión.

El organista del santuario era el famoso maestro Bodoira, a quien Don Bosco invitó al órgano. Éste ni siquiera echó un vistazo a la partitura de Don Bosco, pero cuando se disponía a tocar la música, no la entendió en absoluto y, abandonando enfadado el puesto de organista, se marchó.

Don Bosco se sentó entonces al órgano y acompañó la Misa siguiendo su composición tachonada de signos que sólo él podía entender. Los jóvenes, que antes se habían perdido ante las notas del famoso organista, continuaron hasta el final sin indicación alguna y sus voces plateadas atrajeron la admiración y la simpatía de todos los fieles presentes en el oficio (MB III, 148).

Desde 1848 hasta 1854, Don Bosco acompañó a sus muchachos en procesión por las calles de Turín hasta la Consolata. Sus jóvenes cantaban alabanzas a la Virgen a lo largo del camino y luego participaban en la Santa Misa que él celebraba.

Cuando murió Mamá Margarita, el 25 de noviembre de 1856, Don Bosco fue aquella mañana a celebrar la Santa Misa de sufragio en la capilla subterránea del Santuario de la Consolata, deteniéndose a rezar largamente ante la imagen de María la Consoladora, rogándole que fuera madre para él y sus hijos. Y María cumplió sus plegarias (MB V, 566).

En el Santuario de la Consolata, Don Bosco no sólo tuvo ocasión de celebrar varias veces la Santa Misa, sino que

un día también quiso servirla. Al entrar en el santuario para hacer una visita, oyó la señal de comienzo de la Misa y se dio cuenta de que faltaba el ministrante. Se levantó, fue a la sacristía, cogió el misal y sirvió la Misa con devoción (MB VII, 86).

Y la asistencia de Don Bosco al Santuario nunca cesó, especialmente con ocasión de la Novena y de la Fiesta de la Consolata.

Estatuilla de la Consolata en la Capilla Pinardi

El 2 de septiembre de 1847 Don Bosco compró por el precio de 27 liras una estatuilla de María Consoladora colocándola en la Capilla Pinardi.

En 1856, cuando la Capilla estaba siendo demolida, don Francisco Giacomelli, compañero de seminario y gran amigo de Don Bosco, deseando conservar para sí lo que él llamaba el monumento más distinguido de la fundación del Oratorio, se llevó la estatuilla a Avigliana, a su casa paterna.

En 1882, su hermana hizo construir en la casa un pilar con un nicho y colocó allí la preciosa reliquia.

Cuando los Salesianos supieron, tras la extinción de la familia Giacomelli, de la existencia del pilar en Avigliana, consiguieron recuperar la antigua estatuilla, que el 12 de abril de 1929 volvió al Oratorio de Turín después de 73 años desde el día en que Don Giacomelli la había retirado de la primera capilla (E. GIRAUDI, L'Oratorio di Don Bosco, Turín, SEI, 1935, p. 89-90).

Hoy la histórica estatuilla sigue siendo el único recuerdo del pasado en la nueva capilla Pinardi, constituyendo su tesoro más querido ypreciado.

Don Bosco, que difundió por todo el mundo el culto a María Auxiliadora, nunca olvidó su primera devoción a la Virgen, venerada desde su infancia en el pilar de Becchi, bajo la efigie de la "Consolata". Cuando llegó a Turín como joven sacerdote diocesano, durante el período heroico de su "Oratorio", recibió de la Virgen Consoladora en su Santuario luz y consejo, valor y consuelo para la misión que el Señor le

había confiado.

Por eso también es considerado con pleno título uno de los santos de Turineses.

Edmond Obrecht. He comido con un santo

En la biografía de un famoso abad, la emoción de encontrarse con Don Bosco.

Hoy en día es bastante fácil conocer a un santo de altar, me ha sucedido varias veces. He conocido a varios: al cardenal de Milán Ildefonso Schuster (que me confirmó) y a los papas Juan XXIII y Pablo VI; mantuve una conversación con Madre Teresa, incluso almorcé con el papa Juan Pablo II. Pero hace un siglo no era tan fácil, para uno estar cerca personalmente de un santo de altar era una experiencia que quedaba grabada en la mente y el corazón del afortunado. Tal fue el caso del abad trapense francés Dom Edmond Obrecht (1852-1935). E 1934, cuando Don Bosco fue canonizado, tres días después de la solemne ceremonia, confió al editor del semanario católico estadounidense Louisville Record su gran satisfacción por haber conocido personalmente al nuevo santo, haberle estrechado la mano, incluso haber almorzado con él. ¿Qué había sucedido? El episodio se relata en su biografía.

Cuatro horas con Don Bosco

Nacido en Alsacia en 1852, Edmond Obrecht se había hecho monje trapense a los 23 años. Recién ordenado sacerdote en 1879, el padre Edmond fue enviado a Roma como secretario del procurador general de las tres observancias trapenses, que en 1892 se unirían en una sola Orden con la casa general la Trappa delle

Tre Fontane en la capital italiana.

Durante su estancia en Roma tuvo libre el domingo y lo aprovechó para ir a celebrar con sus hermanos cistercienses en la basílica de Santa Cruz en Jerusalén. El celebrante titular era el vicario de Roma, el cardenal Lucido Maria Parocchi, por lo que el padre Edmond tuvo la oportunidad de servirle varias veces en solemnes oficios pontificios y conocerlo de cerca.

Ahora bien, el 14 de mayo de 1887 estaba prevista la consagración de la iglesia del Sagrado Corazón de Roma, junto a la actual estación de Termini: una magnífica iglesia que le había costado a Don Bosco una fortuna y por la que se había entregado "en cuerpo y alma" para conseguir terminarla. La hizo posible a pesar de su salud, por entonces decididamente comprometida (moriría ocho meses después), quiso asistir a la solemne ceremonia de consagración.

Para esta larguísima celebración (cinco horas a puerta cerrada), el Card. Parocchi estuvo acompañado por el padre Edmond. Fue una experiencia decididamente inolvidable para él. Escribiría 50 años más tarde: "Durante aquella larga ceremonia tuve el placer y el honor de sentarme junto a Don Bosco en el presbiterio de la iglesia y después de la consagración fui admitido en la misma mesa que él y el cardenal. Fue la única vez en mi vida que entré en estrecho contacto con un santo canonizado y la profunda impresión que me causó ha perdurado en mi mente durante todos estos largos años". El padre Edmond había oído hablar mucho de Don Bosco que, en tiempos de ruptura de las relaciones diplomáticas de la Santa Sede con el nuevo Reino de Italia, gozaba de una fuerte estima y de acceso a los políticos del tiempo: Zanardelli, Depretis, Nicotera. Los periódicos habían hablado de sus intervenciones para zanjar algunas cuestiones graves relativas al nombramiento de nuevos obispos y a la toma de posesión de los bienes de algunas diócesis.

Dom Edmond no se contentó con aquella experiencia inolvidable. Más tarde, en un viaje, pasó por Turín y quiso detenerse a visitar la gran obra salesiana de Don Bosco. Quedó admirado y no pudo sino alegrarse el día de su beatificación (2 de junio

de 1929).

Post Scriptum

La víspera de la consagración de la iglesia del Sagrado Corazón, el 13 de mayo de 1887, el Papa León XIII había concedido a Don Bosco una audiencia de una hora en el Vaticano. Había sido muy cordial con él e incluso había bromeado diciendo que Don Bosco, dada su edad, estaba cerca de la muerte (¡pero era más joven que el papa!), pero Don Bosco tenía un pensamiento que quizás no se atrevía a expresar al papa en persona. Lo hizo unos días más tarde, el 17 de mayo, a su salida de Roma: le preguntó si podía pagar todo o parte el gasto de la fachada de la iglesia: una bonita suma, 51.000 liras [230.000 euros]. ¿Valentía o descaró? ¿Confianza extrema o simple descaró? El hecho es que unos meses más tarde, el 6 de noviembre, Don Bosco volvió a la carga y solicitó la intervención de Monseñor Francesco della Volpe, prelado doméstico del Papa, para obtener -escribió- “la suma de 51.000 francos, que la caridad del Santo Padre le hizo esperar pagar él mismo... nuestro Ecónomo va a Roma para liquidar los gastos de esta construcción; se dirigirá al E. V. para obtener la mejor respuesta posible”. Garantizó que “Nuestros huérfanos, más de trescientos mil rezan cada día por Su Santidad”. Y concluyó: “Por favor, perdone este pobre y feo escrito mío. Ya no puedo escribir”.

Pobre Don Bosco: en mayo, en aquella iglesia, celebrando ante el altar de María Auxiliadora, había llorado varias veces porque vio realizado el sueño de nueve años; pero seis meses después su corazón seguía angustiado porque ante la muerte que sentía cercana dejó una pesada deuda para cerrar las cuentas de esa misma iglesia. Por esos gastos realmente pasó varios años, “hasta su último aliento”. Lo saben muy pocas de las decenas de miles de personas que pasan por delante de ella cada día al salir de la estación de Termini por Via Marsala.

El camino educativo de Don Bosco (1/2)

Sobre las sendas del corazón

Don Bosco lloraba al ver a los muchachos que acababan en la cárcel. Ayer como hoy, la agenda del mal es implacable: afortunadamente, también lo es el del bien. Y siempre más. Siento que las raíces de ayer son las mismas que las de hoy. Como ayer, otros encuentran hoy un hogar en las calles y en las cárceles. Creo que la memoria del sacerdote de tantos chicos que no tenían parroquia es el termómetro insustituible para medir la temperatura de nuestra intervención educativa.

Don Bosco vivió en una época de llamativa pobreza social. Estábamos al principio del proceso de agregaciones juveniles en las grandes metrópolis industriales. Las propias autoridades policiales denunciaban este peligro: había tantos *“chiquillos que, criados sin principios de Religión, Honor y Humanidad, acababan pudriéndose totalmente en el odio”*, leemos en las crónicas de la época. Fue la creciente pobreza la que empujó a una gran multitud de adultos y jóvenes a vivir de artimañas, y en particular del robo y la limosna.

La decadencia urbana hizo estallar las tensiones sociales, que iban de la mano de las tensiones políticas; los muchachos desordenados y la juventud descarriada, hacia mediados del siglo XIX, atraieron la atención pública, sacudiendo las sensibilidades gubernamentales.

Al fenómeno social se añadió un evidente pauperismo educativo. La desintegración de la familia preocupaba sobre todo a la Iglesia; la prevalencia del sistema represivo estaba en el origen del creciente malestar juvenil; la relación entre padres e hijos, educadores y educandos se

veía afectada. Don Bosco tuvo que enfrentarse a un sistema hecho de “malos tratos”, proponiendo el de la bondad amorosa.

Una vida en los límites de lo lícito y lo ilícito de tantos padres, la necesidad de procurarse lo necesario para sobrevivir, llevará a multitud de jóvenes al desarraigo de la familia, al desapego del propio territorio. La ciudad se llena cada vez más de muchachos y jóvenes a la caza de un trabajo; para muchos que vienen de lejos falta también un rincón donde dormir.

No es raro encontrarse a una señora, como María G., mendigando, utilizando a niños colocados ingeniosamente en puntos estratégicos de la ciudad o delante de las puertas de las iglesias; a menudo, los propios padres confiaban sus hijos a los mendigos, que los utilizaban para despertar la compasión de los demás y recibir más dinero. Parece una fotocopia de un sistema probado en una gran ciudad del sur: el alquiler de niños ajenos, para compadecer al transeúnte y hacer más rentable la mendicidad.

Sin embargo, el robo era la verdadera fuente de ingresos: fue un fenómeno que creció y se hizo imparable en la Turín del siglo XIX. El 2 de febrero de 1845, nueve traviesos de entre once y catorce años comparecieron ante el comisario de policía del Vicariato, acusados de haber robado en una librería numerosos volúmenes... y diversos artículos de papelería, utilizando una ganzúa. La nueva raza de “bosacazas” atraía constantes quejas de la gente. Casi siempre eran niños abandonados, sin padres, parientes ni medios de subsistencia, muy pobres, perseguidos y abandonados por todos, que acababan robando.

El panorama de la desviación juvenil era impresionante: la delincuencia y el estado de abandono de tantos chicos se extendía como un reguero de pólvora. Sin embargo, el creciente número de “granujas”, de “temerarios bolsacazas” en las calles y plazas era sólo un aspecto de una situación generalizada. La fragilidad de la familia, el fuerte malestar económico, la constante y fuerte inmigración del campo a la ciudad, alimentaban una situación precaria, ante la

que las fuerzas políticas se sentían impotentes. El malestar crece a medida que la delincuencia se organiza y penetra en las estructuras públicas. Comienzan las primeras manifestaciones de violencia por parte de bandas organizadas, que actúan con actos repentinos y repetidos de intimidación, destinados a crear un clima de tensión social, política y religiosa.

Así lo expresaron las bandas, conocidas como “el coche”, que se extendieron en varios números, tomando diferentes nombres de los barrios donde se asentaban. Su único objetivo era “molestar a los pasajeros, maltratarlos si se quejaban, cometer actos obscenos con las mujeres y atacar a algún soldado o responsable aislado”. En realidad, no se trataba de asociaciones delictivas, sino más bien de agregaciones, formadas no sólo por turineses, sino también por inmigrantes: jóvenes de entre dieciséis y treinta años que solían reunirse en encuentros espontáneos, sobre todo por la noche, dando rienda suelta a sus tensiones y frustraciones del día. En esta situación, a mediados del siglo XIX, se insertaron las actividades de Don Bosco. No eran los pobres muchachos, amigos y compañeros de infancia de su tierra de los Becchi en Castelnuovo, no eran los valerosos jóvenes de Chieri, sino “los lobos, los pendencieros, los díscolos” de sus sueños.

Es en este mundo de conflictos políticos, en esta viña, donde abunda la siembra de cizaña, entre este mercado de brazos jóvenes, alquilados para la depravación, entre estos jóvenes sin amor y desnutridos en cuerpo y alma, donde Don Bosco es llamado a trabajar. El joven sacerdote escucha, sale a la calle: ve, se conmueve, pero, concreto como era, se arremanga; esos muchachos necesitan escuela, educación, catecismo, formación para el trabajo. No hay tiempo que perder. Son jóvenes: necesitan dar sentido a sus vidas, tienen derecho a disponer de tiempo y medios para estudiar, para aprender un oficio, pero también de tiempo y espacio para ser felices, para jugar.

Ve, imira a tu alrededor!

Sedentarios por profesión o por elección, informatizados en pensamiento y acción, corremos el riesgo de perder la originalidad de "ser", de compartir, de crecer "juntos".

Don Bosco no vivió en la era de los preparados de probeta: legó a la humanidad la pedagogía del "compañerismo", el placer espiritual y físico de vivir junto al muchacho, pequeño entre los pequeños, pobre entre los pobres, frágil entre los frágiles.

Un sacerdote amigo suyo y guía espiritual, Don Cafasso, conocía a Don Bosco, conocía su celo por las almas, intuía su pasión por aquella multitud de muchachos; le instó a salir a la calle. "Ve, mira a tu alrededor". Desde los primeros domingos, el sacerdote, que venía de la tierra, el sacerdote que no había conocido a su padre, salió a ver la miseria de los suburbios de la ciudad. Quedó conmocionado. "Se encontró con un gran número de jóvenes de todas las edades - declaró su sucesor, el P. Rua- que deambulaban por las calles y plazas, sobre todo en las afueras de la ciudad, jugando, peleándose, insultando e incluso haciendo cosas peores".

Entra en las obras, habla con los obreros, se pone en contacto con los empleadores; siente emociones que le marcarán para el resto de su vida cuando se encuentra con estos chicos. Y a veces encuentra a estos pobres "albañiles" tirados en el suelo en un rincón de una iglesia, cansados, somnolientos, incapaces de sintonizar con sermones sin sentido sobre sus vidas vagabundas. Tal vez ése era el único lugar donde podían encontrar algo de calor, después de un día de trabajo, antes de aventurarse en busca de un lugar donde pasar la noche. Entraron en las tiendas, vagaron por los mercados, visitaron las esquinas de las calles, donde había muchos mendigos. Por todas partes, chicos mal vestidos y desnutridos; es testigo de escenas de malas prácticas y transgresiones: protagonistas, aún chicos.

Al cabo de unos años, pasó de las calles a las cárceles. *"Durante veinte años continuos y asiduos frecuenté*

las cárceles reales de Turín y, en particular, las cárceles senatoriales; después seguí yendo allí, pero ya no con regularidad...". (MB XV, 705)

¡Cuántos malentendidos al principio! ¡Cuántos insultos! Una "sotana" desentonaba en aquel lugar, identificada tal vez con algún superior mal considerado. Se acercó a aquellos "lobos", rabiosos y desconfiados; escuchó sus historias, pero sobre todo hizo suyo su sufrimiento.

Comprendió el drama de aquellos muchachos: unos astutos explotadores les habían empujado a aquellas celdas. Y se convirtió en su amigo. Su trato sencillo y humano devolvió la dignidad y el respeto a cada uno de ellos.

Había que hacer algo, y pronto; había que inventar un sistema diferente, para apoyar a los que se habían descarriado. *"Cuando el tiempo se lo permitía, pasaba días enteros en las cárceles. Todos los sábados iba allí con bolsillos llenos, unas veces de tabaco, otras de barras de pan, pero con el objetivo de cultivar a los jóvenes en particular... ayudarles, hacerles amigos, y así excitarles a venir al oratorio, cuando tuvieran la suerte de abandonar el lugar de perdición". (MB II, 173)*

En la "Generala", Casa de Corrección inaugurada en Turín el 12 de abril de 1845, como se indica en el reglamento de la Casa de castigo, venían *"recogidos y gobernados con el método del trabajo en común, del silencio y de la segregación nocturna en celdas especiales los jóvenes condenados a una pena correccional por obrar sin discernimiento, cometiendo el delito, y los jóvenes sostenidos en prisión por amor paterno"*. Este fue el contexto de la extraordinaria excursión a Stupinigi organizada por Don Bosco en solitario, con el consentimiento del Ministro del Interior, Urbano Rattazzi, sin guardias, basada únicamente en la confianza mutua, el compromiso de conciencia y la fascinación del educador. Quería saber la "razón por la que el Estado no tiene la influencia" del sacerdote sobre estos jóvenes. *"La fuerza que tenemos es una fuerza moral: a diferencia del Estado, que sólo sabe mandar y castigar, nosotros hablamos ante todo al corazón de*

los jóvenes, y nuestra palabra es la palabra de Dios”.

Conociendo el sistema de vida adoptado dentro de la Generala, el desafío lanzado por el joven sacerdote piamontés adquiere un valor increíble: pedir un día de “*Salida libre*” para todos aquellos jóvenes reclusos. Era una locura y tal fue la petición de Don Bosco. Obtuvo el permiso en la primavera de 1855. Todo lo organizó Don Bosco solo, con la ayuda de los propios muchachos. El consentimiento que recibió del ministro Rattazzi fue sin duda una señal de estima y confianza hacia el joven sacerdote. La experiencia de sacar a los muchachos de aquella Casa de Corrección en completa libertad y conseguir que todos volvieran a la cárcel, a pesar de lo que ocurría normalmente dentro de la estructura penitenciaria, es extraordinaria. Es el triunfo de la apelación a la confianza y a la conciencia, es el ensayo de una idea, de una experiencia, que le guiará durante toda su vida para apostar por los recursos escondidos en el corazón de tantos jóvenes condenados a una marginación irreversible.

Adelante y en mangas de camisa

Incluso hoy, en un contexto cultural y social diferente, las intuiciones de Don Bosco no tienen en absoluto el molde de las cosas “pasadas de moda”, sino que siguen siendo proactivas. Sobre todo, en la dinámica de recuperación de chicos y jóvenes que han entrado en el circuito penal, sorprende el espíritu de inventiva para crear oportunidades concretas de trabajo para ellos.

Hoy nos preocupa ofrecer oportunidades de empleo a nuestros menores en situación de riesgo. Quienes trabajan en el sector social saben lo difícil que es superar los mecanismos y engranajes burocráticos para hacer realidad, por ejemplo, simples becas de trabajo para menores. Con fórmulas y estructuras ágiles, con Don Bosco se realizó una especie de “acogida” de chicos a empresarios, bajo la tutela educativa del garante.

Los primeros años de la vida sacerdotal y apostólica de Don Bosco estuvieron marcados por una búsqueda

continua de la forma correcta de sacar a los muchachos y jóvenes del peligro de la calle. Los planes estaban claros en su mente, como arraigado en su mente y en su alma estaba el método educativo. "No con golpes, sino con mansedumbre". También estaba convencido de que no era fácil convertir a los lobos en corderos. Pero tenía a la Divina Providencia de su parte.

Y cuando se enfrentaba a problemas inmediatos, nunca se echaba atrás. No era de los que "*hablaba n*" sobre la condición sociológica de los menores, ni de los que se comprometían política o formalmente; era santamente terco en sus propósitos de bien, pero era fuertemente tenaz y concreto en realizarlos. Tenía un gran celo por la salvación de la juventud y no había obstáculos que pudieran condicionar esta santa pasión, que marcaba cada paso y puntuaba cada hora de su jornada.

"Encontrar en las cárceles multitudes de jóvenes e incluso de niños de doce a dieciocho años, todos ellos sanos, robustos y de un ingenio despierto; verlos allí inoperantes y roídos por los insectos, luchando por el pan espiritual y temporal, expiando en esos lugares de castigo con remordimientos los pecados de una depravación precoz, horroriza al joven sacerdote. Ve en esos desgraciados personificados la deshonra de la patria, el deshonor de la familia, la infamia de sí mismos; sobre todo, ve almas redimidas y rotas por la sangre de un Dios que gime en cambio en el vicio, y en el más claro peligro de perderse eternamente. ¿Quién sabe si hubieran tenido un AMIGO, que les hubiera cuidado amorosamente, asistido e instruido en la religión en los días de fiesta, quién sabe si no se habrían guardado del mal y de la ruina, y si no habrían evitado venir y volver a estos lugares de infortunio? Ciertamente, al menos el número de estos pequeños prisioneros habría disminuido mucho". (MB II, 63)

Se arremangó y se entregó en cuerpo y alma a la prevención de estos males; aportó toda su contribución, su

experiencia, pero sobre todo su perspicacia para poner en marcha sus propias iniciativas o las de otras asociaciones. Fue la salida de la cárcel lo que preocupó tanto al gobierno como a la "sociedad" privada. Fue precisamente en 1846 cuando se creó una estructura asociativa autorizada por el gobierno, que se parecía, al menos en sus intenciones y en algunos aspectos, a lo que ocurre hoy en el sistema penal juvenil italiano. Se llamaba *"Real Sociedad para el Patronato de los Jóvenes Liberados de la Casa de Educación Correccional"*. Su objetivo era apoyar a los jóvenes liberados de la Generala.

Una lectura atenta de los Estatutos nos remite a algunas de las medidas penales que hoy en día se prevén como medidas alternativas a la prisión.

Los miembros de la Sociedad se dividían en "operantes", que asumían el cargo de tutores, "que pagan" y "que pagan a los operantes". Don Bosco era un "miembro operante Don Bosco aceptó varios, pero con resultados desalentadores. Quizá fueron estos fracasos los que le hicieron decidirse a pedir a las autoridades que enviaran a los chicos de manera preventiva.

No es importante tratar aquí la relación entre D. Bosco, las casas de corrección y los servicios colaterales, sino recordar la atención que el Santo prestó a este grupo de menores. Don Bosco conocía el corazón de los jóvenes de la Generala, pero sobre todo tenía en mente algo más que permanecer indiferente ante la degradación moral y humana de aquellos pobres y desgraciados internos. Continuó su misión: no los abandonó: *"Desde que el Gobierno abrió aquella Penitenciaría, y confió su dirección a la Sociedad de San Pedro Encadenado, Don Bosco pudo ir de vez en cuando entre aquellos pobres jóvenes [...]. Con el permiso del Director de las cárceles les instruía en el catecismo, les predicaba, les confesaba y muchas veces les entretenía amistosamente en los recreos, como hacía con sus hijos del Oratorio"* (BS 1882, n. 11 pg. 180).

El interés de Don Bosco por los jóvenes en dificultad se concentró a lo largo del tiempo en el Oratorio,

verdadera expresión de una pedagogía preventiva y recuperadora, siendo un servicio social abierto y multifuncional. Un contacto directo con los jóvenes penderciersos y violentos, rayanos en la delincuencia hacia 1846-50. Se trata de los encuentros con los cocche, bandas o grupos de barrio en permanente conflicto. Se cuenta la historia de un muchacho de catorce años, hijo de un padre borracho y anticlerical que, al encontrarse por casualidad en el Oratorio en 1846, se lanza de cabeza a las diversas actividades recreativas, pero se niega a asistir a los oficios religiosos, porque, según las enseñanzas de su padre, no quiere convertirse en un "*mohoso y cretino*". Don Bosco lo fascinó con su tolerancia y paciencia, que le hicieron cambiar de comportamiento en poco tiempo.

Don Bosco también estaba interesado en asumir la dirección de instituciones reeducativas y correccionales. Propuestas en este sentido le habían llegado de diversas partes. Hubo intentos y contactos, pero los borradores y las propuestas de acuerdos quedaron en nada. Todo esto basta para mostrar hasta qué punto Don Bosco se preocupaba por el problema de los descartados. Y si había resistencia, siempre provenía de la dificultad de utilizar el sistema preventivo. Allí donde encontraba una "*mezcla*" de sistema represivo y preventivo, era categórico en su rechazo, como también era claro en su rechazo a cualquier denominación o estructura que volviera a la idea del "reformatorio". Una lectura atenta de estas tentativas revela el hecho de que Don Bosco nunca se negó a ayudar al muchacho en dificultad, pero estaba en contra de la gestión de institutos, casas de corrección o dirección de obras con un evidente compromiso educativo.

Es muy interesante la conversación que tuvo lugar entre Don Bosco y Crispi en Roma, en febrero de 1878. Crispi pidió a Don Bosco noticias sobre la marcha de su obra y, en particular, habló de los sistemas educativos. Lamentó los disturbios que se estaban produciendo en las cárceles de los corregidores. Fue una conversación en la que el Ministro quedó fascinado por el análisis de Don Bosco; no sólo le pidió

consejo, sino también un programa para estas casas de corrección (MB XIII, 483).

Las respuestas y propuestas de Don Bosco encontraron simpatía, pero no voluntad: la fractura entre el mundo religioso y el político era fuerte. Don Bosco expresó su opinión, indicando varias categorías de muchachos: bribones, disipados y buenos. Para el santo educador había esperanza de éxito para todos, incluso para los disolutos, como solía referirse entonces a lo que hoy llamamos chicos en riesgo.

“Que no empeoren”. “...Con el tiempo dejemos que los buenos principios adquiridos lleguen más tarde a producir su efecto... muchos se reducen a utilizar el sentido común”. Ésta es una respuesta explícita y quizá la más interesante.

Tras mencionar la distinción entre los dos sistemas educativos, determina qué muchachos *deben considerarse en peligro: los que van a otras ciudades o pueblos en busca de trabajo, aquellos cuyos padres no pueden o no quieren hacerse cargo de ellos, los vagabundos que caen en manos de la “seguridad pública”*. Señala las medidas necesarias y posibles: *“Los jardines de recreo festivos asisten durante la semana a aquellos ubicados en los asilos y casas de protección laboral, con actividades y artesanías, así como con colonias agrícolas”*.

No propone una gestión gubernamental directa de las instituciones educativas, sino un apoyo adecuado en edificios, equipamiento y subvenciones financieras, y presenta una versión del Sistema Preventivo que conserva los elementos esenciales, sin la referencia religiosa explícita. Además, una pedagogía del corazón no podía ignorar los problemas sociales, psicológicos y religiosos.

Don Bosco atribuye su desorientación a la ausencia de Dios, a la incertidumbre de los principios morales, a la corrupción del corazón, a la nubosidad de la mente, a la incapacidad y descuido de los adultos, especialmente de los padres, a la influencia corrosiva de la sociedad y a la acción negativa intencionada de los “malos compañeros” o a la falta de responsabilidad de los educadores.

Don Bosco juega mucho con lo positivo: las ganas de vivir, la afición al trabajo, el redescubrimiento de la alegría, la solidaridad social, el espíritu de familia, la diversión sana.

(continuación)

P. Alfonso Alfano, sdb

Las manos de Dios

Un maestro viajaba con un discípulo encargado de cuidar el camello. Un atardecer, habiendo llegado a una posada, el discípulo estaba tan cansado que no ató al animal.

“Dios mío”, rezó mientras se acostaba, “cuida del camello: te lo confío”.

A la mañana siguiente el camello había desaparecido.

– ¿Dónde está el camello? preguntó el amo.

– No lo sé, respondió el discípulo. Tienes que preguntárselo a Dios. Anoche estaba tan agotado que le confié nuestro camello. Desde luego, no es culpa mía que se escapara o que lo robaran. Le pedí explícitamente a Dios que velara por él. Él es el responsable. Usted siempre me insta a tener la mayor confianza en Dios, ¿no es así?

– Ten la mayor confianza en Dios, pero primero ata tu camello, respondió el amo. Porque Dios no tiene más manos que las tuyas.

Sólo Dios puede dar la fe;

tú, sin embargo, puedes testimoniarla.

Sólo Dios puede dar esperanza;

Tú, sin embargo, puedes infundir confianza en tus hermanos.

Sólo Dios puede dar amor;

Tú, sin embargo, puedes enseñar a otros a amar.

Sólo Dios puede dar la paz;
Tú, sin embargo, puedes sembrar la unidad.
Sólo Dios puede dar fuerza;
Tú, sin embargo, puedes dar apoyo a los desanimados.
Sólo Dios es el camino;
Tú, sin embargo, puedes mostrar el camino a los demás.
Sólo Dios es la luz;
Tú, sin embargo, puedes hacerla brillar a los ojos de todos.
Sólo Dios es la vida;
Tú, sin embargo, puedes reavivar en los demás el deseo de vivir.
Sólo Dios puede hacer lo que parece imposible;
Tú, sin embargo, puedes hacer lo que es posible.
Sólo Dios se basta a sí mismo;
él, sin embargo, prefiere contar contigo.
(Canción brasileña)